

SOBERBIA Y PARANOIA.
LA IDEA DE NACIÓN EN LOS LIBROS
DE TEXTO DEL SIGLO XX
Luis Alberto Romero
UBA-UNSAM-Conicet

Este texto remite a una investigación colectiva, realizada junto con Silvina Quintero, Luciano de Privitellio e Hilda Sabato, sobre los libros de texto usados en nuestras escuelas y colegios durante el siglo XX¹. Allí se nos apareció instalada, sin mayores matices, una cierta idea de nación y nacionalismo que finalmente sintetizamos en dos atributos: soberbia y paranoia. La construcción de la idea de nación es un proceso político y cultural común a todos los estados del siglo XX: una historia similar y sólo algunos rasgos específicos. Al estudiar simultáneamente los libros chilenos –tal era nuestra investigación originariamente²–, nos pareció que estas dos características que señalamos –soberbia y paranoia– estaban ligadas a dos procesos que diferencian la experiencia argentina de la chilena: la inmigración masiva y la democratización social y política³.

Puede asumirse que los libros de texto tuvieron un papel significativo en la construcción de la idea de nación, considerando el peso que supo tener en nuestra sociedad la escolarización. De una manera simple y tosca, lo confirma la coincidencia entre lo que encontramos en ellos y lo que hoy son las ideas corrientes acerca de la nación. ¿De qué índole es esa relación? Probablemente estos libros operaron como mediadores: construyeron sentido común porque ellos mismo fueron el producto de la decantación de otros sentidos comunes. En ellos creo poder distinguir dos procedencias. Una abrevia en las disciplinas académicas que informan las asignaturas escolares. La otra surge de las tradiciones ideológicas que circularon en la sociedad, y particularmente en los discursos de algunos grandes actores

¹ Luis Alberto Romero (coord.), Luciano de Privitellio, Silvina Quintero e Hilda Sabato, *La Argentina en la escuela. La idea de nación en los libros de texto*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2004.

² La investigación sobre los libros chilenos estuvo a cargo de Sofía Correa, Alfredo Riquelme y Gonzalo Cáceres.

³ Luis Alberto Romero, «Entre el conflicto y la integración. Los sectores populares en Buenos Aires y Santiago de Chile a principios del siglo XX», en: Alicia Hernández Chávez, Marcello Carmagnani y Ruggiero Romano (coord.), *Para una historia de América. III. Los nudos (2)*, México, Fideicomiso Historia de las Américas/El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 1999.

institucionales. Estos fueron capaces de traducirlas en términos operativos para influir sobre el estado, y finalmente sobre la institución escolar. Examinémoslas primero sucintamente.

DISCIPLINAS

Tres disciplinas, la historia, la geografía y lo genéricamente llamado el civismo –de-jo de lado la cuestión de la «lengua nacional»– concurren a la formación de este imaginario nacional. Las tres combinaron una base académica y un costado permeable a los discursos ideológicos.

En el caso de la historia, la primera versión de la idea de nación en clave rigurosa corresponde a Bartolomé Mitre, que encontró la forma de empalmar su interés de historiador con su práctica de político y estadista. Sin embargo, la base disciplinar sólida para el relato escolar de la nación proviene de la generación de historiadores que a principios del siglo XX constituyó la llamada Nueva Escuela Histórica.

Los caracterizó la seguridad de construir un conocimiento riguroso y objetivo, fundado en un método válido; también, su manera profesional de asumir su oficio, y de justipreciar la función del estado como fuente principal de los recursos necesarios para llevarla adelante. Quizá por eso fueron tan sensibles a las cuestiones de construcción de la nacionalidad, que inquietaban al estado. Muchos de ellos participaron en la elaboración de los planes de estudio y escribieron sus manuales. Sobre todo, fue su versión de la Historia de la Nación Argentina, editada por la Academia Nacional de la Historia, la que inspiró a la mayoría de los autores de manuales –los Astolfi e Ibáñez– con más experiencia docente que comercio con la historia⁴.

La suya fue una historia del poder y las luchas por su monopolio, del territorio, de las instituciones jurídicas, y en suma, del estado, impulsado por la brisa de la nacionalidad. El revisionismo histórico, una corriente historiográfica que desafió este relato, agregó motivos originales –una idea romántica del pueblo, una perspectiva hostil a Gran Bretaña, la reivindicación de Rosas y los caudillos– pero en definitiva su relato se construyó sobre parámetros similares, y cuando fue traducido para la escuela, apareció en una versión moderada y pacífica, complementaria antes que alternativa de la versión

⁴ Diana Quatrocchi-Woison, *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1995. Tulio Halperin Donghi, *El revisionismo histórico argentino*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.

dominante⁵.

La geografía tuvo una institucionalización más tardía: recién a fines de la década de 1940 se establece en las universidades. En ella ejerció mucha influencia la geopolítica, un enfoque de escasa legitimidad académica pero muy apreciado en ámbitos del estado y el ejército. El sustento académico más fuerte ha sido la geografía regional, preocupada por encontrar las condiciones espaciales o físicas que, a través de organizaciones regionales, condicionan la acción humana. La confluencia de geopolítica y geografía regional dio lugar a lo que hasta hace poco era la versión canónica del relato geográfico: la nación es el resultado de la integración de un conjunto de regiones geográficas, homogéneas y articuladas. El territorio es la base natural y condicionante del estado, cuya acción consiste en relacionarse con otros estados; el territorio es el hábitat de una población, doblemente condicionada por el medio natural y por el origen racial⁶.

Las asignaturas agrupadas bajo el rótulo de «civismo» tienen raíces disciplinares diversas. En parte porque lo prescriptivo, que siempre tuvo más peso que lo disciplinar, se nutrió de componentes diversos. En parte porque el contenido mismo de estas asignaturas cambió fuertemente –a diferencia de las anteriores, caracterizadas por la estabilidad de su núcleo básico– con los cambios políticos: hubo allí sucesivamente nacionalismo, peronismo, antiperonismo y anticomunismo. La raíz disciplinar más tradicional y sólida ha sido el derecho constitucional, luego desplazado por las ciencias sociales, y sobre todo por la filosofía y la ética, que daban una base prescriptiva más convincente en tiempos en que la realidad marchaba a contramano de los preceptos constitucionales. Pero lo más notable es el peso que alcanzó, en estos campos, el pensamiento católico en su versión tomista, presente tanto en los libros como en los planes⁷.

TRADICIONES E INSTITUCIONES

Veamos ahora lo que viene de las tradiciones ideológicas y las prácticas institucionales. La consolidación estatal de las últimas décadas del siglo XIX trajo una vigorosa acción estatal orientada hacia la construcción de la

⁵ Luciano de Privitellio, «Los otros en la historia escolar: las «naciones extranjeras» en los manuales de Historia Argentina entre 1956 y 1989», en: *Entre pasados*, N° 15, Buenos Aires, 1998.

⁶ Silvina Quintero, «El país que nos contaron. La visión de Argentina en los manuales de geografía (1950-1997)», en: *Entre pasados*, N° 16, Buenos Aires, 1999.

⁷ Silvina Quintero y Luciano de Privitellio, «La formación de un argentino. Los manuales de Civismo entre 1955 y 1995», en: *Clio y Asociados. La historia enseñada*, N° 4, Santa Fe, noviembre de 1999.

nacionalidad. La escuela fue un campo principal: el Consejo Nacional de Educación se preocupó por robustecer los contenidos nacionales en la enseñanza, y por acotar la acción de las escuelas de colectividades extranjeras; fuera de la escuela, hubo un impulso a las festividades patrióticas –se empezó a asociarlas con los escolares–, a los lugares de conmemoración patria y a la consagración, con monumentos, de aquellos héroes identificados con la unidad institucional de la nación. El contexto de esta acción nacionalizadora fue el de la Constitución: una nación surge de un acuerdo ciudadano en torno de un marco legal compartido.

A principios de siglo hay un giro significativo. Se buscó formular un contenido de nación basado en rasgos culturales o étnicos que asegurara un cierto principio de unidad y homogeneidad, colocado más allá del devenir histórico. Alemania y su idea de nación obraba como ejemplo prestigioso. Ese fue el tema de muchos intelectuales, como Ricardo Rojas o Manuel Gálvez; abrieron un rumbo que muchos otros seguirían a lo largo del siglo XX, tras el siempre huidizo «ser nacional». El propósito, sin embargo, inició largas querellas en torno a los elementos pretendidamente identificadores: la lengua, la raza y aun la historia fueron tema de polémicas no resueltas⁸.

El debate cambió de envergadura cuando ingresaron grandes actores institucionales, capaces de orientar la marcha general del estado. El más importante fue el Ejército, que desde principios de siglo acentuaba su organización institucional. El Ejército se ubicó en el origen mismo de la nación, antes que las instituciones republicanas y las fuerzas políticas, y se proclamó custodio de sus valores esenciales. El ejército impulsó una relectura de la historia argentina en clave de gesta militar, pero lo más interesante de su acción –en términos de nuestro problema– tuvo que ver con la geografía, una disciplina escolar tanto o más ideológica que la historia. El tema del Ejército fue el territorio: su ocupación para el estado y la defensa de sus fronteras. La representación cartográfica del territorio fue asignada exclusivamente al Instituto Geográfico Militar, que estableció, por ejemplo, que la Argentina tenía soberanía indudable sobre territorios que el estado no controlaba, como el triángulo antártico, una noción que bajó directamente a los textos escolares.

⁸ Lilia Ana Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001. Fernando Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno de Argentina, 2002. Lilia Ana Bertoni, «Vino viejo en odres nuevos. Ricardo Rojas y el nacionalismo del Centenario», en: Judith Babot y María Victoria Grillo (comps.), *Fascismo y antifascismo en Europa y Argentina, siglo XX*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 2002.

Aquí se resolvió el problema de la unidad esencial de la Argentina: la Nación, y luego el Estado, se asientan en un territorio que siempre fue argentino⁹.

El segundo actor institucional de envergadura fue la Iglesia, que casi simultáneamente definió a la Argentina como una nación católica; habitantes y ciudadanos de otros credos, que según la norma constitucional eran tan argentinos como los católicos, pasaron a una categoría intermedia, una suerte de metecos. La Iglesia fue dejando su marca –el crucifijo– en casi cualquier oficina estatal, incluyendo las aulas, y también en los programas y libros de texto, donde el tomismo empezó a campea¹⁰.

El tercer actor institucional fuerte fueron los movimientos políticos –radicalismo yrigoyenista y peronismo– que se identificaron con el pueblo y la nación, y relegaron a los opositores a un lugar similar al que la Iglesia reservaba para los no católicos. Ninguno de ellos dejó una marca específica en la historia o la geografía, pero el peronismo marcó el conjunto de la enseñanza, y en particular el área del civismo¹¹. Sobre todo, ambos contribuyeron –no sabría decir en qué medida– a afirmar una pauta de percepción del mundo excluyente y facciosa¹².

LOS RELATOS DE LOS TEXTOS

Los textos escolares han hecho un compuesto de estos insumos e influencias, en el que las tensiones han sido reducidas al mínimo. Una amalgama estable, consensuada, perdurable, que se estabiliza en la década de 1940 o 1950 y no cambia mayormente hasta 1983.

Dos narrativas se corresponden con los intereses de los historiadores profesionales. En primer lugar, la de la nación. Los textos muestran el

⁹ Carlos Escudé, «Contenido nacionalista de la enseñanza de la Geografía en la República Argentina, 1879-1996», en: *Ideas en Ciencias Sociales*, 9, Buenos Aires, 1996.

¹⁰ Loris Zanatta, *Del estado liberal a la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1996. Roberto Di Stefano y Loris Zanatta, *Historia de la Iglesia en Argentina*, Buenos Aires, Grijalbo, 2000. Luis Alberto Romero, «Una nación católica, 1880-1946», en: Carlos Altamirano (ed.), *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel, 1999.

¹¹ Susana Bianchi, *Catolicismo y peronismo. Religión y política en la Argentina. 1943-1955*, Buenos Aires, Prometeo/ IEHS, 2001. Mariano Plotkin, *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1994.

¹² Luis Alberto Romero, «Las ideas de nación y de estado en los libros de texto», en: *Novedades Educativas*, 94, 96 y 97, 1998.

desenvolvimiento de una realidad nacional esencial, que siempre fue tal, pero que se realiza en la historia¹³. Vestigios de nacionalidad se habían manifestado durante el período colonial. Pero fue en 1806 –las invasiones inglesas–, cuando los criollos asumieron su conciencia nacional. Siguió luego las luchas por la realización de la nación, libradas por los patriotas del panteón, en una epopeya común, sin conflictos ni diferencias políticas. Estos aparecieron cuando, desde 1820, se discutió la organización estatal: cada grupo aportó lo suyo, incluso los caudillos, que defendieron la forma federal finalmente adoptada. El fin de las guerras civiles consagra la existencia del estado unido, que es el producto de la nación realizada. En ese momento, 1880, termina la historia y empieza la administración.

La segunda narrativa, que la historia comparte con la geografía, se refiere al territorio argentino, soporte esencial de la nación. En el origen la correspondencia entre territorio y estado en formación es más confusa que, por ejemplo, en el caso de Chile, fundado ya por Valdivia. Aquí fueron tres las corrientes colonizadoras, llegadas desde distintos focos extranjeros. La creación del Virreinato del Río de la Plata, una decisión política sustentada en realidades naturales, como la de la Cordillera de los Andes, permite la confluencia de la historia y la geografía: la nación ya tiene su base territorial. Luego de 1810 el territorio se desgarró, y de él nacieron nuevos países –Uruguay, Paraguay, Bolivia– que en cierto modo seguirán siendo la Argentina irredenta. Por otra parte, el estado completa la apropiación de los territorios argentinos transitoriamente en posesión de otros: los indígenas. En este aspecto, la historia también termina con 1880, aunque se mantiene abierto un tema: la defensa de la soberanía¹⁴.

La geografía aporta otra narrativa del territorio, que explica su singularidad nacional. En la Argentina –se dice– predomina el clima templado, favorable a la raza blanca, que constituye la parte predominante de su población. Clima y raza diferencian a la Argentina de la América tropical, mestiza o mulata, y fundamentan una superioridad no explicitada pero evidente (los mapas que así lo muestran han sobrevivido a toda revisión de esos conceptos, que nadie sostiene ya, pero que se niegan a desaparecer). Por otra parte, la Argentina tiene todos los climas, y una variedad de riquezas, que explican la diversidad regional, sustento de la explicación del territorio; la diversidad

¹³ José Carlos Chiaramonte, *El mito de los orígenes en la historiografía latinoamericana*, Buenos Aires, UBA, 1993.

¹⁴ Luciano de Privitello, «Los otros en la historia escolar», op. cit.

es complementación e integración: el sueño autárquico. En su variedad, el territorio es homogéneo, y a la vez, diferente del de naciones vecinas¹⁵.

Las fronteras –un lugar donde esas diferencias podrían oscurecerse, ya sea por la continuidad del medio natural, como por la comunicación entre habitantes de uno y otro país– aparecen en el discurso geográfico como murallas: de un lado, un territorio y una nación homogéneos; del otro, un extraño, del que sólo interesa saber que es amenazante. Esta narrativa, de impronta geopolítica, se complementa con la creación imaginaria de un territorio nacional virtual. A él todavía no llega efectivamente la soberanía estatal, pero sin embargo ya tiene su sello nacional esencial: algunas islas, como las Malvinas, y sobre todo la porción Antártica. Su registro como nacional –impuesto por el IGM– permite duplicar la extensión del territorio y ubicar a la Argentina entre los estados más extendidos, más grandes del mundo.

El civismo aporta una narrativa más compleja e inestable. En principio la nación se expresa en un orden jurídico, que se enseña con la instrucción cívica. Progresivamente, se produjo un desplazamiento del civismo a otras explicaciones centradas en el «hombre argentino», que es esencialmente patriota, que vive en una sociedad explicada según sus organización natural –familia, municipio, gremio– y que es democrática, pero no en los términos de la práctica ciudadana sino de un «estilo de vida», que caracteriza al mundo occidental y cristiano y lo diferencia del comunismo. En esta narrativa se mezclan el tomismo católico con la teoría del totalitarismo y la doctrina de la seguridad nacional, un componente que crece desde la década del sesenta pero que no es extraño al contexto en el que se implanta¹⁶.

EL OTRO

El tema del otro es recurrente en estas narrativas. El Virreinato surgió para responder a asechanzas extranjeras, de Brasil e Inglaterra principalmente, una dupla que aunó los motivos geopolíticos, los religiosos y los del imperialismo. Brasil se suma al conjunto de países limítrofes que quieren quedarse con un trozo del territorio argentino; en cada uno de los fragmentos en litigio, aun

¹⁵ Silvana Quintero, «El país que nos contaron», op. cit.

¹⁶ Silvana Quintero y Luciano de Privitello, «La formación de un argentino. Los manuales de Civismo entre 1955 y 1995», op. cit.

en los más pequeños, se jugaba para muchos la esencia de la nación, a tal punto la identidad nacional descansaba en el territorio. Inglaterra a su vez se asocia con el punto más conflictivo de esta narrativa del desgarramiento: la usurpación de las Malvinas, cuya importancia fue creciendo desde los años '30, hasta llegar a ser «la hermanita perdida». Finalmente, las fronteras ideológicas, fruto de la guerra fría y la lucha contra la subversión, definieron un nuevo otro, legalmente argentino pero sustancialmente apátrida. La figura resume buena parte de la historia política del siglo XX, pero engarza efectivamente con casi todas las narrativas nacionales.

Ellas mostraron que la Argentina nació de un territorio excepcionalmente dotado, se desprendió de lo que ya era la «Madre Patria» y luego de algunos conflictos llegó a tener un estado ordenado. Todo estaba listo para la concreción de su destino de grandeza, que diferenciaba categóricamente a la Argentina de sus vecinos y la incluía dentro del selecto grupo de las grandes naciones. Ello no se concretó; el mentís de la realidad fue cada vez más fuerte. Al modelo de la soberbia se le agregó otro: la paranoia. Desde el fondo de la historia, una conspiración generalizada impedía que ese destino de grandeza se realizara. Es fácil percibir hoy esta dupla en las voces públicas; es fácil rastrearlo en los textos, que en cada página confirman un sentido común que probablemente ellos han modelado.

Seguramente no es específicamente argentino. Quizá se distinga por su intensidad. Sin duda por sus orígenes singulares. ¿Es de derecha? No lo sé. Aparece tanto en quienes se identifican con ella como en muchos voceros de la izquierda, que han logrado convertir al Che Guevara en un ícono del nacionalismo. Por otra parte, se me hace cada vez más difícil encontrar cuáles son hoy los clivajes entre la derecha y la izquierda. Quizás esta cuestión del nacionalismo sea un buen punto para ello.

Registro bibliográfico

ROMERO, LUIS ALBERTO,
«Soberbia y paranoia. La idea de nación en los libros de texto del siglo XX», en: ESTUDIOS SOCIALES. Revista Universitaria Semestral, año XVIII, Nº 34, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, primer semestre 2008, pp. 75-82.